

El difícil camino hacia la sociedad global

El mundo supuestamente inaugurado por los ataques terroristas de septiembre de 2001 tiene poco de nuevo. Desde los años 90 ha sido suficientemente descrito en sus términos, riesgos y desafíos. En este nuevo contexto global, hay una tensión entre pluralismo y seguridad a la que el pensamiento progresista debería prestar mayor atención de manera de diseñar un horizonte humano de valores que evite que uno de los polos de la tensión crezca a expensas del otro.

José Joaquín Brunner

Se ha dicho en estas semanas que «con el ataque terrorista perpetrado contra Estados Unidos se inicia una nueva época» y que «el mundo nunca volverá a ser igual». Tales dichos son sin embargo una exageración, y constituyen un error de perspectiva histórica. Por lo pronto, el análisis del mundo contemporáneo, en los términos evocados por el acto terrorista del 11 de septiembre de 2001, hace rato que está presente en los textos más lúcidos de las ciencias sociales producidos durante los últimos años. Tres autores son aquí particularmente decisivos: el politólogo norteamericano Samuel Huntington, el sociólogo alemán Ulrich Beck, y el sociólogo español, radicado en Berkeley, Manuel Castells.

José Joaquín Brunner: sociólogo chileno; director del Programa de Educación de la Fundación Chile; profesor-investigador del Instituto de Economía Política de la Universidad Adolfo Ibáñez; miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Jurídicas y Morales del Instituto de Chile. Entre otros cargos de responsabilidad política y académica, ha sido ministro secretario general de Gobierno (1994 y 1998). Sus publicaciones más recientes: Chile: *Informe e índice sobre capacidad tecnológica*; Instituto de Economía Política, Universidad Adolfo Ibáñez; «Modernidad: centro y periferia. Claves de cultura» en *Estudios Públicos* N° 83, Santiago, invierno de 2001, y «Globalization, Education, and Technological Revolution» en *Prospects* vol. XXXI N° 2, 6/2001, Unesco.

Palabras clave: globalización, pluralismo, terrorismo.

A comienzos de la década pasada, Huntington señaló que el mundo inaugurado tras la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría se caracterizaría por el «choque de civilizaciones». En adelante, predijo, los conflictos se trasladarán al plano de las identidades más primarias de la gente, las que están siendo amenazadas por la modernización y la globalización; lo que encendería las pasiones y animosidades de unas civilizaciones contra otras serían sus sentimientos más básicos: «distintas visiones sobre la relación entre Dios y el hombre, sobre el individuo y el colectivo, sobre la ciudadanía y el Estado, sobre los padres y los hijos, sobre la igualdad y la jerarquía». En suma, pasada la ola de las «grandes ideologías» decimonónicas no llegarían la paz y la armonía mundiales –la *pax* americana, por tanto– sino la confrontación entre diversos principios civilizatorios y la colisión de identidades tribales, locales y nacionales. Por la puerta de atrás de la historia vuelven a ingresar los dioses e ídolos que habíamos declarado muertos y sepultados.

***vuelven
a ingresar
los dioses
e ídolos que
habíamos
declarado
muertos
y sepultados***

A ese certero diagnóstico, el alemán Beck añade su análisis de lo que llama una «sociedad de riesgo mundial». La globalización conduce a difundir los riesgos que la propia civilización industrial ha «manufacturado»: riesgo nuclear, ecológico, de la bio-ingeniería, del contagio epidémico, del narcotráfico, del terrorismo. Vivimos, literalmente, al borde del abismo. Tal es nuestra *hybris*. No es que EEUU sea particularmente vulnerable, como piensan los periodistas que comentan en pantalla los sucesos; lo que sucede es que el mundo contemporáneo es un entramado global, interrelacionado, altamente complejo y frágil. Por lo mismo, el miedo juega un papel central y está siempre ahí, latente, pudiendo ser movilizadado (para bien o para mal) «cuanto más amenazadoras son las sombras que se ciernen sobre el presente o el anuncio de un futuro terrible». Por allí, como veremos, es por donde puede colarse la demanda orwelliana; esto es, la de rehacer un sistema mundial sometido íntegramente a los dictados de la seguridad y a cargo de un poder policial omnímodo.

Por último, Castells –que analiza la sociedad contemporánea como sociedad global de redes– muestra cómo, con las nuevas tecnologías, la relación del individuo y los grupos con el Estado ha cambiado para siempre. Es decir, cómo este último –el viejo Leviatán– se ha ido debilitando hasta semejar un pesado aparato mecánico que debe hacer frente al desafío de redes movibles, de base electrónica e informacional, dispuestas a golpear con el terror o a comercializar la muerte. En definitiva, según este autor, el Estado-nación ha ido perdiendo su monopolio de la violencia, puesto que «sus principales retadores toman la for-

ma ya bien de redes transnacionales del terrorismo o de grupos comunitarios que recurren a la violencia suicida». ¿Cuál es el riesgo? Que empecemos a vivir, próximamente, en un permanente estado de emergencia, obsesionados por la amenaza y la represalia.

Estos tres autores han captado, estudiado y anticipado los conflictos del mundo a comienzos del siglo XXI. Y nos han advertido sobre la crisis de las instituciones –desde el Estado hasta la democracia, desde el mercado hasta la propiedad– llamadas a hacer frente a los nuevos desafíos globales. Así, en la transición hacia una nueva organización del mundo nos encontramos, efectivamente, suspendidos sobre el vacío. A la luz de tales análisis la explosión de las torres gemelas de Nueva York, con su secuela de destrucción y muerte, parece menos incomprensible. Pero a la vez resulta más grave de lo que se desprende de las imágenes televisivas. A fin de cuentas, éstas transmiten el dramatismo de la situación, no su profundidad. Crean una visión plana de los hechos, no una explicación de los mismos. Ofrecen una mirada, no los conceptos que necesitamos para deliberar en el espacio público.

Cualquier sociedad que se proclame democrática debe reconocer la diversidad

En efecto, ¿qué está en juego en este difícil tránsito hacia una sociedad mundial globalizada? Sabemos que una de las claves para el éxito de dicha transición será la forma como se resuelva el clivaje inclusión/exclusión dentro de

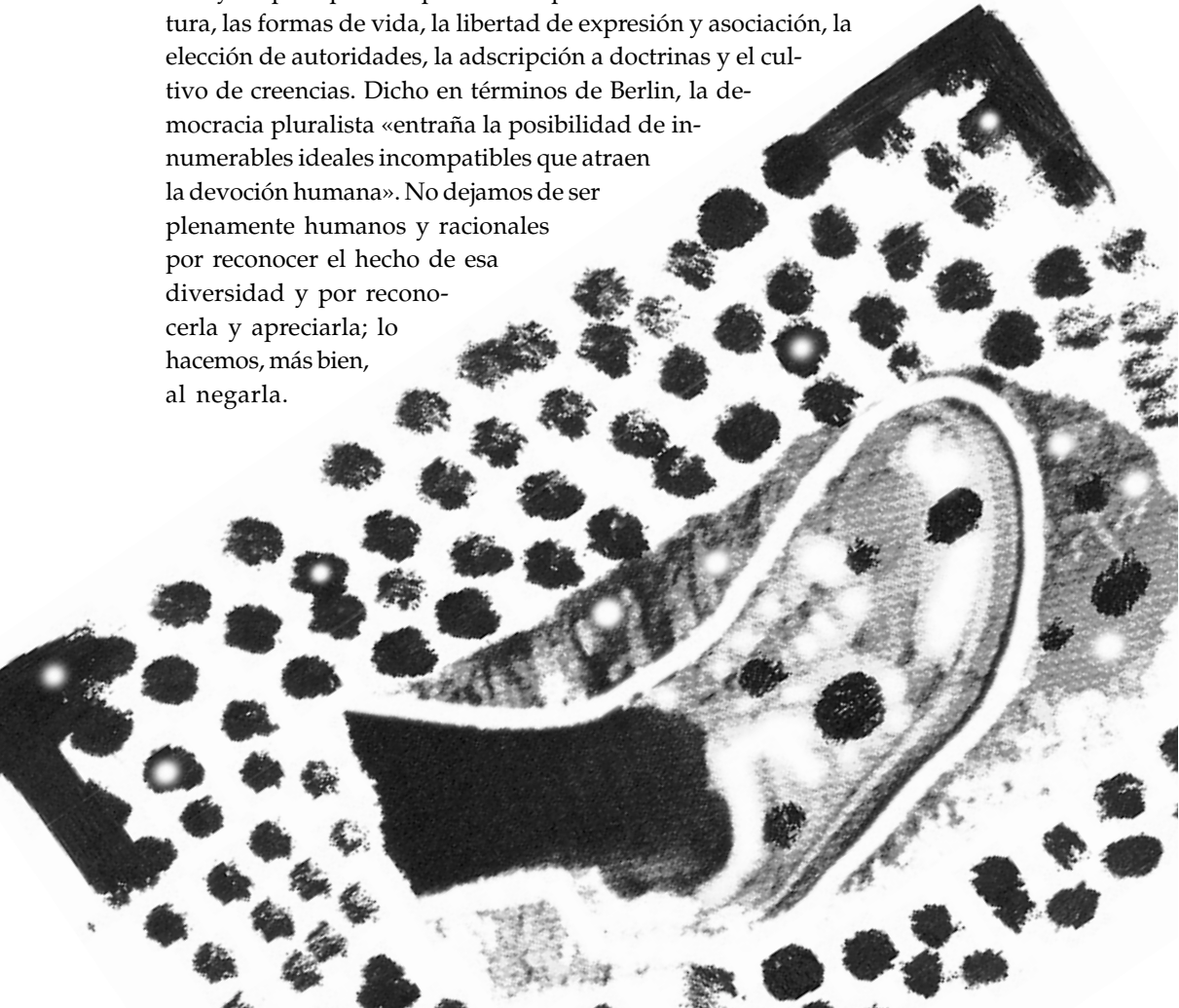
la sociedad global a lo largo del siglo XXI. Si solo un país (EEUU) y sus aliados europeo-occidentales llegaran a dominar el mundo global sin contrapeso y, al mismo tiempo, menos de la mitad de la población mundial pudiese integrarse a los beneficios del capitalismo avanzado, mientras el resto queda sumido en la pobreza y el atraso, entonces tal transición será un fracaso. Y generará enormes tensiones y conflictos en torno del principio de la justicia y de la distribución de los bienes, las oportunidades y las satisfacciones.

De esta clave suele preocuparse, principalmente, el pensamiento progresista de las izquierdas y los movimientos y corrientes críticas o alternativas frente al capitalismo. Aportan, aunque a veces de manera distorsionada o simplista, un contrabalance frente al peso arrollador de la riqueza material y tecnológica, del poderío militar y del poder económico de naciones y empresas multinacionales y locales. En cambio, esa visión progresista de la historia, que comparto en sus anhelos de justicia, no se preocupa de otra clave de la transición, quizá más crucial y compleja, cual es, la tensión entre pluralismo y seguridad.

En este punto, junto a la tríada mencionada más arriba, hace falta mencionar a otros autores. Pienso básicamente en dos. Uno contemporáneo, el gran pensador liberal del siglo xx, Isaiah Berlin; el otro clásico, Thomas Hobbes, para quien el orden, la paz social y la seguridad de las personas eran tan importantes como la libertad. Berlin amaba la diversidad humana y de las culturas tanto como para haber fundado allí su filosofía política. Alguna vez señaló en una entrevista:

El propósito de la Torre de Babel era que tuviera un carácter unitario; una sola edificación enorme, que se alzara hasta el cielo, con un idioma para todo el mundo. Al Señor no le agradó. Me han dicho que existe una excelente oración hebrea que debe rezarse al ver un monstruo: «Bendito sea el Señor nuestro Dios, que introduce la variedad entre sus criaturas».

Cualquier sociedad que se proclame democrática debe reconocer la diversidad (social, cultural, étnica, de géneros, de preferencias, estilos de vida, etc.) y aceptar que se exprese como pluralismo en la esfera de la cultura, las formas de vida, la libertad de expresión y asociación, la elección de autoridades, la adscripción a doctrinas y el cultivo de creencias. Dicho en términos de Berlin, la democracia pluralista «entraña la posibilidad de innumerables ideales incompatibles que atraen la devoción humana». No dejamos de ser plenamente humanos y racionales por reconocer el hecho de esa diversidad y por reconocerla y apreciarla; lo hacemos, más bien, al negarla.

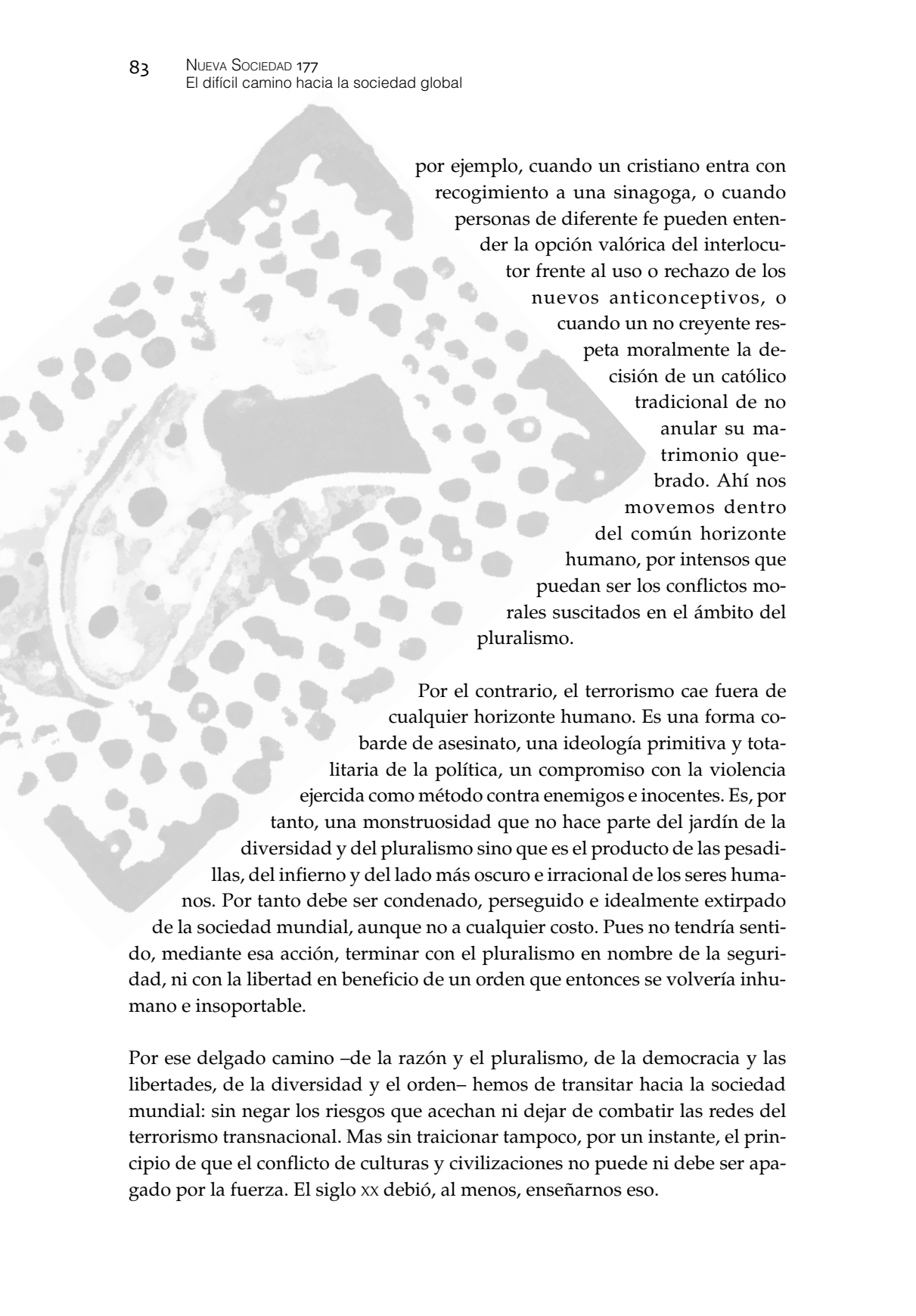


¿Por qué? Simplemente porque no somos iguales, ni tenemos los mismos gustos ni adoramos los mismos dioses. Porque no necesariamente compartimos criterios morales ni los argumentos o lenguajes para justificarlos. Porque nuestras ideas y fines difieren y a veces chocan. En definitiva, porque no tenemos un idioma único ni toleramos vivir encerrados en la Torre de Babel. Ese es el principio sobre el que se funda la separación de la religión y la política que hizo posible la democracia y la libertad. Allí reside el basamento político para la autonomía de las personas y para una convivencia pacífica en la diversidad. Ahora más que nunca necesitamos defender este principio y proteger y ampliar el pluralismo, de modo que llegue a ser la base de la sociedad mundial. De lo contrario no podrían convivir –y morirían luchando– judíos contra árabes, occidentales y asiáticos, talibanes y protestantes, católicos y ateos, sunitas y chiíes, blancos y negros, globalizantes y localistas.

Mas el pluralismo no es cosa fácil de vivir ni de institucionalizar, del mismo modo como la libertad no se conquista ni se mantiene a bajo precio. El pluralismo va a contracorriente de los apetitos agresivos, de dominación y destrucción que anidan en el corazón humano. Exige delicados equilibrios y una modulación de los valores que son incompatibles con el fundamentalismo religioso, el monismo moral y el fanatismo político que abundan en tantas partes. Tampoco el pluralismo es un «free for all» y un «venga lo que venga» como a veces parecieran entenderlo algunos progresistas-alternativos chilenos.

Aquí precisamente entran Tomás Hobbes y la corriente de pensadores que encabeza o simboliza. Lo que buscan es compatibilizar la libertad y el orden. O, según diríamos hoy, el pluralismo y la seguridad. Pues, ¿acaso hemos de bendecir a todo «monstruo» como expresión de la variedad de las criaturas de Dios? ¿Acaso la diversidad lo justifica todo y no hay límites en el terreno de la autonomía de las personas? ¿Puede el pluralismo ir tan lejos como para llegar a destruirse a sí mismo? Ciertamente no. El pluralismo, para ser posible, ha de emplazarse dentro de lo que Berlin llama un «horizonte humano» de valores; es decir, debe encarnar una concepción de bien o valor que, por distinta que sea de la mía, sin embargo yo pueda al menos relacionarme con ella sobre la base de un principio de razonabilidad, argumentación pública y reconocimiento mutuo.

Dicho en otros términos: aunque los valores que tú proclamas o atesoras no sean mis valores, yo debo ser capaz, sin embargo, de entenderlos y, lo que es más importante, tratarlos (racional y empáticamente) como tales. Así ocurre,



por ejemplo, cuando un cristiano entra con recogimiento a una sinagoga, o cuando personas de diferente fe pueden entender la opción valórica del interlocutor frente al uso o rechazo de los nuevos anticonceptivos, o cuando un no creyente respeta moralmente la decisión de un católico tradicional de no anular su matrimonio quebrado. Ahí nos movemos dentro del común horizonte humano, por intensos que puedan ser los conflictos morales suscitados en el ámbito del pluralismo.

Por el contrario, el terrorismo cae fuera de cualquier horizonte humano. Es una forma cobarde de asesinato, una ideología primitiva y totalitaria de la política, un compromiso con la violencia ejercida como método contra enemigos e inocentes. Es, por tanto, una monstruosidad que no hace parte del jardín de la diversidad y del pluralismo sino que es el producto de las pesadillas, del infierno y del lado más oscuro e irracional de los seres humanos. Por tanto debe ser condenado, perseguido e idealmente extirpado de la sociedad mundial, aunque no a cualquier costo. Pues no tendría sentido, mediante esa acción, terminar con el pluralismo en nombre de la seguridad, ni con la libertad en beneficio de un orden que entonces se volvería inhumano e insoportable.

Por ese delgado camino –de la razón y el pluralismo, de la democracia y las libertades, de la diversidad y el orden– hemos de transitar hacia la sociedad mundial: sin negar los riesgos que acechan ni dejar de combatir las redes del terrorismo transnacional. Mas sin traicionar tampoco, por un instante, el principio de que el conflicto de culturas y civilizaciones no puede ni debe ser apagado por la fuerza. El siglo xx debió, al menos, enseñarnos eso.